



La neutralidad de Hefesto

(Los Lunes de El Imparcial. Madrid, 27 noviembre 1916).

*O. Completas
to uso VIII*

No eran neutrales los dioses del Olimpo helénico. ¡Qué iban a serlo! Cuando la guerra de Troya pusieronse unos de parte de los aqueos y de parte de los troyanos otros, y hubo disputas entre ellos a tal motivo, y llegó a darse el caso de que, entrometiéndose Afrodita, la Venus de los latinos—¡siempre ella la entrometida!—, en la refriega de los mortales para salvar a su hijo Eneas, fué herida en el extremo de una de sus blandas manos, manos sabiamente acariciadoras, por la lanza de Diomedes.

As flies to wanton boys, are we to the gods—,
They Kill us for their sport.

«Cual moscas para los niños juguetones somos para los dioses, nos matan por deporte.» Así dice Gloucester en el «Rey Lear», de Shakespeare (acto IV, escena 1.^a), y podría decirse de los olímpicos inmortales que por deporte y para divertirse tomaron partido los unos en favor de los aqueos y en favor de los troyanos los otros. Como dos niños pueden divertirse en el combate de dos hormigueros, favoreciendo el uno a las hormigas morenas y a las rubias el otro. O como los adultos hacen que peleen sus gallos, en lo que tanto o más que deporte entra azarosa codicia.

Pero no faltaban tampoco defensores de la neutralidad entre los inmortales del Olimpo, y el primero de ellos el ambicioso Hefesto, el Vulcano de los latinos, herrero forjador de los rayos de Zeus.

Cuando Aquiles se retiró a su tienda, irrito porque Agamenón le quitase su cautivo Briseida fué Tetis, la madre del héroe, a ver a su padre Zeus y rogarle que le vengase al hijo de ella, nieto del rey del Olimpo, haciendo que los troyanos apretasen y oprimiesen a los aqueos. Zeus, el recoge nubes, se excusó en cuanto pudo; temía a su consorte Hera, cuyos bovinos ojos no perdían de vista los pasos y andares de su marido. Y así fué, en efecto, que en cuanto la terrible diosa reina consorte del Olimpo se percató de la embajada de Tetis, volviéndose contra el padre de los dioses y de los hombres, armándole una de aquellas



La neutralidad... - 2

peloterías conyugales con que sabia amenizar los serenos días olímpicos y solazar a sus compañeros y compañeras en inmortalidad. Hasta que Zeus tuvo que acabar diciéndole: «Mira, calla y siéntate y obedece a mi mandato, porque no te servirán, si acudes a ellos, cuantos dioses hay en el Olimpo como te eche yo encima las manos intocables.» («Iliada», I, 565-567.) Y Hera, llena de miedo, se sentó callando y plegándose el corazón.

Pero he aquí que Hefesto se interpone entre sus padres, diciendo a su madre Hera: «Será cosa triste y nada soportable si os ponéis ahora a reñir así los dos por causa de los mortales y armáis una gresca entre los dioses; ni tendrá ya gusto el banquete, pues que prospera lo peor.» («Iliada», I, 573-576.)

Nótese la razón que Hefesto da a sus padres, en la asamblea de los dioses, para inducirlos a la neutralidad frente a la guerra de Troya; que no tendrá ya gusto el banquete, que no les sabrán bien ni el néctar ni la ambrosia. Y ciertamente si una de las moscas con que se divierte el niño le cae en el tazón de leche con que se desayuna, mata el niño a la mosca, si es que no se ha muerto antes ahogada en la leche; pero no la mata por deporte. Y acaso con rabia. Y luego se toma la leche.

Bien está que los dioses se diviertan con los hombres haciéndolos luchar y matarse entre sí; pero no hasta aquel punto en que los dioses mismos tomen en serio el juego y estalle entre ellos la discordia intestina y se les agrie la comida. Tal era la opinión de Hefesto. Sobre todo que no se les agriara la comida. Entre las cosas sagradas de los dioses, y lo eran todas las suyas, de las más sagradas el néctar y la ambrosia. Torpísimo pecado el de turbar la digestión de los inmortales.

Recordó luego Hefesto cuando habiendo querido él una vez contener a su padre Zeus, le cogió éste de un pie y le lanzó al aire desde el umbral divino del Olimpo. Y desde aquella cumbre del monte de Tesalia anduvo por los aires, aviador divino, Hefesto, un día entero, hasta que vino a caer, al ponerse del sol, en la isla de Lemnos. «Me queda ya poco ánimo», decía el neutralista divino. Allí le recogieron los sinties, unos bergantes tracios, y allí es donde, al dar en el suelo, se rompió las piernas. Y así es como las gastaba Zeus.

Sonrióse Hera al recuerdo de aquella barbaridad de su divino marido, y tomó la copa que le ofrecía su hijo. Fué luego éste escanciando dulce néctar a los demás dioses, en ronda desde la derecha, el lado del buen agüero, sacándolo de la cratera. Y devantóse una risa inextinguible entre los felices dioses al ver a Hefesto trajinar por la casa». («Iliada», I, 599-600.) Así se acababan las disputas de los inmortales, en risa. Reíanse de todo.

Pero ahora, en este caso, reíanse de Hefesto que iba, cojitranco, escanciando en ronda néctar a los dioses para ayudarles a la neutralidad y la buena digestión.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Cuando más adelante fué Anfitriote, quejosa a su madre Dione, lamentándose de que Diomedes le hubiese herido en la mano y diciéndole que ya la batalla no era sólo entre troyanos y aqueos, sino que éstos, los danaos, peleaban con los inmortales, aquietóle como pudo su madre, al recordarle todo lo que los dioses habían tenido que aguantar de los hombres. Tuvo que aguantar Ares, nada menos que Ares, esto es: Marte, cuando le ataron Oto y Efialtes, gigantes; tuvo que aguantar la misma Hera, cuando Hércules, semidiós, que no dios entero, le hirió en la tetá derecha, y Aides, el Plutón latino, cuando el mismo Hércules le atacó entre los muertos. («Ilíada», V, 381-415.)

Pero por mucho que los dioses hubiesen tenido que aguantar de los hombres, mucho más tuvieron siempre que aguantar de los dioses los hombres. Algo y aun algos suelen molestarme las moscas, sobre todo estas moscas de invierno, ya decrepitas, a las que no sirve querer ahuyentar, y no hace aún dos minutos que se estaba una sobre esta misma pluma de acero con que esto escribo, chupando la tinta con que lo escribo para prolongar una miserable y ya inútil vida; pero por mucho que estas pobres moscas me molesten, más, mucho más, molesté yo a otras de su especie, allá en mi niñez, cuando las hacía llevar por los aires su colita de papel—excuso explicar colocada cómo—o arrastrar una levísima pajarilla de papel hecha de pliegues simples con un papelillo de fumar, sujetas sus alitas con motas de cera a las sendas patas de la pajarilla de modo que ésta parecía moverse; juego entretenidísimo y de sorprendente efecto. Y como me divertí tanto con las moscas hace más de cuarenta años, y aun después, hombre granado ya, para divertir con ellas a mis hijos y a otros niños, no tengo derecho a quejarme de que las moscas ¡pobrecillas! se me caigan alguna vez en la sopa o se enterquen en chuparme una lágrima furtiva.

Y no es lo peor que los dioses jueguen con nosotros los mortales como juegan nuestros niños con las moscas, para divertirse ellos, los dioses, con nosotros; lo peor es que nos hagan luchar para divertir con nuestras luchas a sus niños, a los dioses niños. Caer un pueblo en manos de un dios adulto que quiere divertirse con él, podrá ser cosa fatídica;



pero el colmo del sino funesto para un pueblo ha de ser que caiga éste bajo un dios niño que juegue con él como un chiquelo mortal juega con una mosca, con un caracol o con un murciélago. No concibo más que otra suerte peor para un pueblo, y es caer bajo un dios decrepito, caduco, de los que chochean, terco cual mosca de invierno. Aunque lo peor de todo debe de ser tener de patrón olímpico a Hefesto.

¡Desgraciado, en efecto, el pueblo a quien sus aficiones industriales le llevan a tomar como patrón en el Olimpo al cojitranco herrero Hefesto! Le dejará en la estacada con tal de no amargarse la digestión de un banquete.

Pero este Hefesto bajó, bellaco ministril de Zeus, a remachar las cadenas que sujetaban a Prometeo a una roca del Cáucaso, según Esquilo nos cuenta. El muy... neutral se quejaba de tener que hacer aquel oficio, llamaba industria aborrecida de sus manos al arte de la herrería, lamentábase de su suerte y hasta exclamó: «¡Ay, Prometeo, tus desdichas llorob!» Y Prometeo callaba, dejando hacer a la Fuerza y a aquel neutral Hefesto que, bajo el mandato de Zeus, bajó a remacharle las cadenas.

Sólo abre Prometeo la boca para disparar palabras de fuego contra Hermes, el alcabuete de los dioses. Que cuando éste baja a decirle aquello de:

Con tu tenaz, incorregible orgullo,
tú mismo tus desdichas te buscaste.

contéstale aquél:

Pues yo, tenlo por cierto, mi desgracia
por tu oficio servil no cambiaría.
Más vale de esta roca ser esclavo
que nuncio fiel de Zeus.—De esta suerte,
con ultraje contestaré al ultraje.

(De la excelente traducción directa de Esquilo, en verso, que hizo el presbítero chileno Juan R. Salas y publicó en 1904 la Universidad de Chile y es una de las buenas traducciones de clásicos griegos que hay en castellano.)

Luego le dice Hermes:

Mas tú no has aprendido a ser prudente.

y responde Prometeo:

¡No te hablaría, siervo, si lo fueras!

Mas seamos justos. Aun media diferencia entre el vil correveidile y alcabuete Hermes y el industrioso Hefesto, que se dolía de tener que encadenar a Prometeo.

¡Pobre Hefesto! Todos en el Olimpo se reían de él. Recordad lo que se rieron cuando, con la sutil red de acero que forjó en su fragua, cazó en el lecho, cuando en él se solazaban juntos, a su consorte Anfítrite y a Ares el belicoso. Aquella sí que fué risa que debió de hacer retemblar el Olimpo y llover en toda la Tesalia. Porque cuando los dioses se ríen llueve bajo de ellos en la tierra.

¡Ay del pueblo que tenga por patrón a Hefesto! Y ello, a pesar de las industriosas fraguas y de la risa de lluvia.

Miguel de UNAMUNO

4-22
La neutralidad

4



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES